

NOTAS

EXAMEN «POST-MORTEM» DE KHRUSHCHEV

Nikita Khrushchev murió por segunda vez el 11 de septiembre de 1971. Su primera muerte política tuvo lugar en 1964, cuando sin ninguna ceremonia fue expulsado del poder y, de la noche a la mañana, paso de detentar uno de los liderazgos clave en el mundo a una situación «impersonal» en el país que él había gobernado. Su desgracia fue todavía más patente, cuando siete años después la mayoría de los ciudadanos soviéticos se enteraron de su partida a través de las transmisiones que a la Unión Soviética hacían Radio Libertad y otras emisoras extranjeras.

Sin embargo, un editorial de *The New York Times* (1) alegaba que «la mezquina venganza de los actuales gobernantes del Kremlin, muchos de los cuales fueron en principio protegidos suyos, no puede oscurecer el hecho de que Khrushchev haya sido un gigante en la historia de la Unión Soviética y del mundo. Un personaje complejo y pintoresco que, en honor a la verdad, ha de alinearse junto a Lenin, Trotsky y Stalin dentro de la historia soviética. Por muchos motivos, merece que se le reconozca como un líder más positivo y atractivo que cualquiera de los otros tres. Este muchacho campesino que llegó a ser el Zar de la Rusia comunista, dejó una profunda huella en su nación y en el mundo...».

SU CARRERA

Khrushchev nació el 17 de abril de 1894 en una choza de barro y caña de un pueblo ucraniano. Este pueblo era tan pobre que sólo había un hombre en él que poseyese un par de botas. Su abuelo había sido un siervo que sólo se había bañado dos veces en su vida —una cuando le bautizaron y otra cuando le enterraron—. Su padre fue labrador y minero.

(1) Editorial «Nikita S. Khrushchev», en *The New York Times*, 12 de septiembre de 1971.

«Mis padres eran *muzhiks*, los más pobres de los pobres», solía decir. «La mayor parte de las noches íbamos a la cama sin haber cenado» (2).

Fue en aquella época, como Nikita Khrushchev declararía más tarde, cuando aprendió a odiar a «los capitalistas». Pero no fue uno de los pioneros del comunismo; no tomó parte en la revuelta contra el Zar.

De todos modos, cuando Nikita era un muchacho, cuidaba las vacas de un señor feudal, y una vez fue sorprendido mientras pescaba algo para la cena en la presa de la hacienda. El guardabosque lo azotó con un látigo de pesado plomo y cuero, después, lo llevó arrastras hasta la policía que, una vez más volvió a azotarle. A los quince años volvió a trabajar en las minas y en las fundiciones de hierro de Yuzovka —«Ciudad de Perros» para los mineros que vivían allí en chozas y en cuevas—.

Rebelde, agresivo, rudo e impaciente, tenía, además, una faceta más simpática; desplegaba un franco sentido del humor y le gustaba la ruidosa camaradería que tan popular le hizo.

Fue despedido por acaudillar una protesta de mineros, y su documentación fue señalada con un signo secreto que advertía a los empresarios de que era un peligroso agitador.

Un poeta marxista que profetizaba una Rusia revolucionaria, en la que

(2) Citado por JULES ARCHER: *The Dictators*, Bantam, Nueva York, 1968, página 35; pero, por algún motivo, la bibliografía de ARCHER sobre Khrushchev es muy pobre (páginas 169 a 172). *Khrushchev Remembers*, editado por Strobe Talbott, Little, Brown, Boston, 1970, con notas, introducción y comentarios de EDWARD CRANSHAW, aunque fuese auténtico, no logra ser un tipo de documento en el que pueda basarse el historiador o el historiógrafo cuidadoso: está, también, lleno de inexactitudes de hecho, tergiversaciones claras y datos dudosos que se esfuerzan en querer proporcionar documentación autorizada del pasado», declara CARL A. LINDEN: «Stalinistas metidos a Reformadores», *Problems of Communism*, volumen XX, 5, septiembre-octubre, 1971, páginas 48 a 51. Entre los más valiosos y numerosos estudios sobre la etapa de Khrushchev, véase tales como: LEBLIO BASSO: *Da Stalin a Khrushchiov*, Editorial Avanti, Milán, 1962; ABRAHAM BRUMBERG, Ed.: *Russia Under Khrushchev*, Praeger, Nueva York, 1962; ROBERT CONQUEST: *Power and Policy in the U. S. S. R.*, St. Martin's Press, Nueva York, 1961; EDWARD CRANSHAW: *Khrushchev's Russia*, Penguin, Baltimore, 1960; ISAAC DEUTSCHER: *Russia in Transition: and Other Essays*, Grove, Nueva York, 1960; KONRAD KELLEN: *Khrushchev: A Political Portrait*, Praeger, Nueva York, 1961; NATHAN H. MAGER & JACQUES KATTEL, Eds.: *Conquest Without War*, Simon & Schuster, Nueva York, 1961, una antología por temas de las declaraciones de Khrushchev a propósito de una serie de cuestiones; BORIS MEISSNER: *Russland unter Chruschtschow*, Oldenbourg, Munich, 1960; GEORGE PALOCZI-HORVATH: *Khrushchev: The Making of a Dictator*, Little, Brown, Boston, 1960; MYRON RUSH: *The Rise of Khrushchev*, Public Affairs Press, Washington, 1958; JAMES E. MCSHERY: *Khrushchev and Kennedy in Retrospect*, The Open-Door Press, Palo Alto, California, 1971, etc.

los campesinos más desgraciados serían educados en la cultura del pueblo y capaces de disfrutar del más grandioso arte, música y libros del mundo, fue su fuente de inspiración. Este fue su lema cuando se unió a los guardias rojos en la revolución de octubre de 1917. Pero, un año después, se vio definitivamente comprometido en la causa bolchevique, en la sangrienta guerra civil que siguió a la toma de las riendas de la revolución rusa por los comunistas.

En el ejército rojo, Khrushchev llegó a comisario político, y el partido comunista le envió a la escuela de Yuzovka para que cursase tres años de educación marxista. Aquí conoció y se casó con una de sus profesoras, Nina Petrovna, con quien tuvo tres hijos. Como quiera que tenía aptitudes de líder tenaz y astuto, se le nombró jefe del partido local para que engatusara y fanfarroneara ante los representantes de los mineros y granjeros ucranianos de las minas de la cuenca del Donet, donde asistió a las clases del Instituto Industrial del Donet. Activista del partido, fue llevado de un sitio a otro, en calidad de funcionario, por varias ciudades de Ucrania. En las épocas de recolección llevaba mineros a las granjas colectivas para que ayudasen en las faenas del campo; cuando el trabajo de las granjas decaía, hacía que los campesinos ayudasen en las minas. Conseguía disipar el descontento mediante un ordinario humor campesino que obligaba a los enfadados trabajadores a reír; si no lo lograba utilizaba amenazas desagradables.

A Khrushchev se le presentó otra gran oportunidad cuando en 1929 fue elegido para cursar estudios en la Academia Industrial de Moscú.

Después, ascendió rápidamente. Su éxito como dirigente fue tan impresionante que se le encargó la construcción del gran motivo de orgullo de Stalin, el metro de Moscú. Utilizando «brigadas de choque» formadas por trabajadores, logró construirlo en un tiempo record, a costa de grandes accidentes. Se hizo querer más que Stalin, a base de ataques corrosivos contra «los miserables enanos» y «los fascistas degenerados» de los Procesos de Moscú.

En marzo de 1939, se había convertido en uno de los principales miembros (eran ocho en total) del Politburó, y se le nombró jefe de Ucrania. Durante la segunda guerra mundial, supervisó el gigantesco traslado de las fábricas de Ucrania al Este, dirigió la guerrilla contra los nazis y participó en la defensa de Stalingrado. Pero la resistencia al partido era fuerte en Ucrania, y Khrushchev tuvo que ser rescatado por Kaganovich, el único judío del Politburó de Stalin (hombre conocido como el «comisario de hierro de Ucrania»). Sin embargo, su fracaso no hirió a Khrushchev. Como miembro del círculo del Politburó más próximo a Stalin, cuando en 1941 comenzó el ataque nazi a la U. R. S. S., fue destinado a los consejos militares de varios frentes como funcionario político. Estuvo en Stalingrado durante el asedio germano. Participó en la derrota nazi durante la gran batalla de tanques, en Kursk. Ayu-

dó a organizar a los partisanos en su lucha contra la ocupación de Ucrania por los nazis. Después de la guerra era un funcionario político con el grado de teniente general.

En 1949, fue llamado desde Moscú; se las arregló para llegar a la cima de la agricultura soviética y acometió su original experimento de las «granjas ciudad», proyecto que servía para arrancar a los campesinos de sus queridas y pequeñas parcelas privadas y convertir a los granjeros en algo que se parecía a trabajadores de fábricas. Pero fue demasiado lejos. Hubo resistencia por parte de los campesinos. De repente, Stalin dio una bofetada a Khrushchev, al dejar a un lado el experimento de las granjas ciudad. (Pero más tarde, Khrushchev echaría la culpa de este fracaso a otro adversario, Georgi M. Malenkov, sucesor de Stalin como *premier*. Khrushchev tenía verdadero talento para echar la culpa de sus errores a otros. Y, en 1961, llegó rotundamente a negar que él hubiese tenido algo que ver con el proyecto de las granjas-ciudad).

Cuando en marzo de 1953 murió Stalin, hubo un período de «liderazgo colectivo» en el Kremlin, dirigido primero por Malenkov y después por Bulganin. Nikita Khrushchev esperó, prudentemente, su turno entre bastidores, reuniendo en sus manos el verdadero poder como secretario del Comité Central del Partido Comunista.

Evidentemente, estuvo muy comprometido en la intriga del Politburó cuando se produjo la muerte del viejo dictador, porque en la reorganización surgió como figura prominente del secretariado del partido. Malenkov fue nombrado primer secretario jefe del partido. Pero Malenkov no duró mucho como jefe del partido. Mientras tanto, Khrushchev proseguía su continuo ascenso hasta su poderosa meta, con una deslucida llamada de atención hacia las penosas condiciones en que se hallaba la agricultura soviética y, como de costumbre, echó la culpa de ello a sus adversarios políticos.

Cuando el jefe del Servicio Secreto, Beria, fue destituido, Khrushchev se preocupó de eliminar al que una vez fue aliado de Beria, Georgi Malenkov, instalado como *premier* y fracasando en las ardientes promesas económicas hechas al público. Khrushchev hizo uso de sus poderes como secretario del partido para obligar a Malenkov a confesar su fracaso, y lo expulsó. Su influencia hizo que Nikolai Bulganin fuese nombrado *premier*, pero no por mucho tiempo.

Exactamente un año después, Khrushchev apareció en la tribuna ante el XX Congreso del Partido Comunista, y con un discurso secreto (que deliberadamente fue dado a conocer después) hizo que el mundo comunista se tambalease al recitar la lista de los crímenes de Stalin.

Este fue el comienzo de la desestalinización.

En 1957, un grupo del Politburó conspiró para eliminarlo, pero el astuto Khrushchev hizo que cayeran en sus propias redes. Logró la ayuda del mariscal Zukov y del ejército y la técnica de la imperante autoridad (que nunca había existido en la práctica) del Comité Central del Partido Comunista. Obtuvo más votos que los demás, después de que los hombres de Zukov trasladaran docenas de aviadores al partido para que votasen a su primer secretario.

Entonces, Khrushchev quitó a Molotov, Malenkov, Kaganovich y a otros de los lugares que ocupaban, pero al contrario de Stalin, les permitió seguir viviendo. Más tarde, Khrushchev relegó al olvido a su aliado, mariscal Zukov; eliminó, después, a Nikolai Bulganin, su compañero de las borrascosas giras alrededor del mundo de «B» y «K» (3).

En 1958, Khrushchev siguió a Bulganin en el cargo de *premier* y, por consiguiente, tuvo en sus manos las riendas del partido y del Gobierno. Todavía no poseía el poder que Stalin había tenido y aún tenía que responder ante un colectivo del partido. Su propia manipulación astuta desde el Comité Central había establecido el precedente de que el Comité entero podría gobernar sobre el *Presidium* del partido, sucesor del jamás gobernado Politburó.

Mientras tanto, el frío e inflexible espíritu stalinista había comenzado a suavizarse en la U. R. S. S., dando paso a un clima liberal, más bienes de consumo, mayor libertad, mayores risas. Hizo su primera salida fuera de la órbita soviética en 1955, cuando con el entonces *premier* Bulganin a remolque, hizo una peregrinación extraordinaria a Yugoslavia para pedir perdón al mariscal Tito, al cabo de siete años de enemistad de Stalin con el partido yugoslavo.

Esta reconciliación, que a veces cimentó de manera alegre y esponjosa,

(3) Durante la mayor parte del tiempo que Zukov permaneció exiliado en el campo, según dijo Khrushchev, se dedicó a cultivar rosas y a trabajar en una obra que no se le permitió publicar, «aun cuando los mariscales Yeremenko, Konev, Chuikov, Malinovsky, Shtemenko y otros se estaban lanzando a publicar salvajes alusiones a su incompetencia, a su famoso carácter, a su brusquedad, a su pobreza de juicio». HARRISON E. SALISBURY, al escribir para *The New York Times Book Review*, de 1.º de agosto de 1971, «The Memoirs of Marshal Zukov», Delacorte Press, Nueva York, 1971, cita pasajes de este libro y llega a la conclusión de que «estos escasos ejemplos demuestran hasta qué punto los nuevos fabricantes de ídolos sagrados han dado plasticidad al material Zukov, suavizando cada idea, fabricando un Stalin y un partido, borrando los errores, suprimiendo las críticas y creando una nueva narrativa en la que, según las palabras de la novela de ALEKSANDER SOLZHENITSYN, nosotros nunca cometemos errores».

persiguiendo a las damas yugoslavas y besando sus manos como un patán y atrasado campesino, tuvo sus altibajos (4).

Las relaciones entre el Kremlin y Belgrado se agriaron en 1956, tras las medidas de desestalinización de Khrushchev y el relajamiento llevó a la revolución húngara. Las fuerzas procomunistas tuvieron que ser protegidas por las tropas soviéticas. (Era este un período de «policentrismo», caracterizado por el desasosiego típico de todas las revoluciones que suscitan nuevas esperanzas. En junio de 1953 hubo una manifestación de trabajadores en Pízen y en otras ciudades checas y eslovacas, así como una revuelta en Berlín Este, que tuvo que ser sofocada con la ayuda de las tropas soviéticas. Pero ni esto, ni la creación en el mes de mayo de 1955 de una alianza formal del Este europeo —Organización del Tratado de Varsovia— lograron silenciar a los disidentes. En Polonia hubo un juicio contra los trabajadores cuya huelga de Poznan se había convertido en una insurrección en junio de 1956) (5).

(4) La literatura de los altibajos en las relaciones entre U. R. S. S. y Yugoslavia es bastante extensa; véanse los siguientes estudios: ROBERTS BASS & ELIZABETH MARBURY, Eds.: *The Soviet-Yugoslav Controversy, 1948-1958*, Prospect Books (para el Instituto del Este Europeo), Nueva York, 1959; VACLAV BENES & otros, Eds.: *The Second Soviet-Yugoslav Dispute*, publicación de la Universidad de Indiana, Bloomington, 1959; MILOVAN DJILAS: *Conversations with Stalin*, Harcourt Brace & World, Nueva York, 1962; SLOBODAN M. DRASKOVICH: *Tito, Moscow's Trojan Horse*, Regnery, Chicago, 1957; ROBERT BARRY FARRELL: *Yugoslavia and the Soviet Union 1948-1956*, Shoe String Press, Hamden, Conn., 1956; ERNST HALPERIN: *The Triumphant Heretic*, Heinemann, Londres, 1958; GEORGE WALTER HOFFMAN & FRED WARNER NEAL: *Yugoslavia and the New Communism*, Fundación Siglo Veinte, Nueva York, 1962; SIR FITZROY MACLEAN: *The Heretic: The Life and Times of Joseph Broz*, Harper, Nueva York, 1957; P. AUTY: *Tito*, Longman, Londres, 1970; IVÁN AVAKUMOVIC: *History of the Communist Party of Yugoslavia*, The Aberdeen University Press, Aberdeen, volumen I, 1964; JOHN C. CAMPBELL: *Tito's Separate Road*, Harper & Row, Nueva York, 1967; GEORGE SCHOEFLIN, Ed.: *The Soviet Union and Eastern Europe*, Anthony Blond, Londres, 1970; WAYNE S. VUCINICH, Ed.: *Contemporary Yugoslavia*, University of California Press, Berkeley; COMMITTEE ON THE JUDICIARY: *Yugoslav Communism: A Critical Study*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1961, etcétera.

(5) Para más detalles, véase: GEOFFREY STERN: *Eastern Europe 1946-1956*, páginas 146-153, en: GEORGE SCHOPILIN, Ed.: *The Soviet Union and Eastern Europe: A Handbook*, Praeger, Nueva York, 1970; Z. K. BRZEZINSKI: *The Soviet Bloc*, Harvard University Press, Cambridge, 1960; R. V. BURKS: *The Dynamics of Communism in Eastern Europe*, Princeton University Press, N. J. 1961; STEPHEN BORSODY: *The Triumph of Tyranny*, Macmillan, Nueva York, 1960; DAVID HAWTHORNE: *The Ordeal of the Captive Nations*, Doubleday, Garden City, Nueva York, 1958; NICHOLAS HALASZ: *In the Shadow of Russia: Eastern Europe in the Postwar World*, Ronald, Nueva York, 1959; STEPHEN D. KERTESZ, Ed.: *East Central Europe and World; Developments in the Post-Stalin Era*, University of Notre Dame Press, Indiana, 1962;

Khrushchev solía recriminar el ejemplo de independencia de Tito. Pero los dos adoptaron una postura de conciliación y, hacia 1961, la China Roja los identificaba estrechamente como guisantes de una misma vaina: como dos «modernos revisionistas». (Khrushchev hizo su última visita a Belgrado en 1963.)

En 1956, después de haber denunciado a Stalin y todas sus obras, Khrushchev aceptó a remolque a Bulganin y fue a visitar Inglaterra. Para disgusto suyo, los ingleses lo recibieron con bastantes reservas. Los políticos del partido laborista inglés se mostraron cautos, y Khrushchev los acusó de «Khamstvo», porquería. Les gritó epítetos: «Llamadme olla, pero no me pongáis en la estufa» y «¡Recordad! Moscú no se construyó en un día».

Una vez que Khrushchev hubo felizmente despedido a Bulganin y al «grupo antipartido», en marzo de 1958, se convirtió en el único dictador de la Unión Soviética. El prestigio soviético, seriamente amenazado por haber enviado tanques soviéticos para aplastar la rebelión húngara, consiguió mantenerse al poner en órbita al «Sputnik I», primer satélite artificial de la tierra. Después, Khrushchev se convirtió en político de «Sputniks» y misiles. El «Sputnik I» puso de manifiesto el relevante poderío soviético.

Sin embargo, Khrushchev perseveró en sus prudentes medidas. En 1958, evitó que el partido comunista del Irak tratara de apoderarse de aquel país del Oriente Medio, tan rico en petróleo en un momento de profunda crisis mundial (6).

Más tarde, en 1958, no hizo caso de la petición de Mao-Tse-Tung de cabezas de torpedo nucleares, durante una crisis motivada por el hecho de que la China Nacionalista poseyese las Islas de Quemoy y Matsu. Y antes, en 1958, se volvieron atrás de un ultimatum tendente a empujar a los aliados del Oeste fuera de Berlín Oeste. Entonces, en 1959, Khrushchev visitó los Estados Unidos; a su regreso, hizo enfadar a los dogmáticos comunistas con sus revisiones de doctrina. El tema de su nuevo programa del partido fue que:

HUBERT RIPKA: *Eastern Europe in the Post-War World*, Praeger, Nueva Yor, 1961; GORDON SHEPHARD: *Russia's Danubian Empire*, Heinemann, Londres, 1954; CYRUS L. SULZBERGER: *The Big Thaw: A Personal Exploration of the New Russia and the Orbit Countries*, Harper, Nueva York, 1956; PAUL E. ZINNER, Ed.: *National Communism and Popular Revolt in Eastern Europe*, Columbia University Press, Nueva York, 1956, etc.

(6) Para más detalles, véase: RICHARD V. ALLEN, Ed.: *Yearbook on International Communist Affairs*, 1968, Hoover Institution Press, Universidad de Standford, California, 1969, págs. 324-327, y RICHARD F. STAAR, Ed.: *Yearbook on International Communist Affairs*, 1970, Hoover Institution Press, Universidad de Standford, California, 1971, págs. 291-294.

la Unión Soviética alcanzaría a los Estados Unidos en todos los aspectos de la producción, al cabo de veinte años.

Ingenioso, impetuoso, duro como un clavo, utilizaba sagaces tretas campesanas para convencer a otras naciones de que no necesitaban alianzas antisoviéticas. Hacía del comunismo el «emblema del futuro»; solía jactarse para impresionar a los más atrasados; utilizaba el humor campesino para engatusar a los de las zonas rurales; la sociabilidad cálida para atraer a los diplomáticos; las amenazas para asustar a los débiles satélites del Oeste; la persuasión marxista para que los líderes rojos siguiesen siendo pro-soviéticos y contrarios a Mao (7).

Parte del encanto de Khrushchev radicaba en el hecho de que sus anfitriones nunca supieran a qué atenerse con él. (Cuando se hallaba visitando las Naciones Unidas fue noticia porque se quitó un zapato y golpeó con él la mesa, por ejemplo.) Insinuó al presidente Eisenhower que estaba dispuesto a arreglar las diferencias entre Este y Oeste con respecto a Alemania. De esta manera, ambos bloques podrían llevar una política de coexistencia y compartir el mundo de una manera pacífica, con sólo una competencia amistosa entre los corazones, las mentes y los mercados de las naciones neutrales. Invitado a Washington a fines de 1959, se convirtió en el primer dictador soviético que puso pie en territorio americano. Quedó asombrado ante el poderío industrial, la riqueza agrícola, el desarrollo tecnológico y el bienestar de los trabajadores. ¡Todos aquellos coches! Ofendido, interrumpió a Eisenhower: «Es un gasto inútil tener tantos coches que acaparan el espacio de las calles con una sola persona que los ocupa. Parece que a su pueblo no le gusta el espacio en que vive, ¡siempre se están desplazando de uno a otro sitio! Nosotros no necesitamos coches porque disfrutamos de nuestros vecindarios... ¡Por supuesto que su prensa no repetirá lo que yo he dicho!» (8). Y quedó sorprendido cuando para mayor seguridad el Presidente llamó a los periodistas y, a la mañana siguiente, pudo leer sus cáusticos comentarios sobre la vida americana en los diarios.

(7) La disensión chino-soviética ha sido descrita en innumerables estudios, como: O. EDMUND CLUBB: *China and Russia: The "Great Game"*, Columbia University Press, Nueva York, 1971; ALEXANDRE METAXAS: *Moscow or Peking?*, Dufour, Chester Springs, Pa., 1965; DONALD W. TREADGOLD, Ed.: *Soviet and Chinese Communism: Similarities and Differences*, Universidad de Washington, Seattle, 1966; ISAAC DEUTSCHER: *Russia, China and the West*, Oxford University Press, Nueva York, 1971; MORTON H. HALPERIN, Ed.: *Chino-Soviet Relations and Arms Control*, MIT Press, Cambridge, Mass., 1967; RICHARD C. THORNTON: *The Comintern and the Chinese Communists, 1928-1931*, University of Washington Press, Seattle, 1969, etc.

(8) Citado por ARCHER: Op. cit., pág. 39.

Haciendo gala de su origen campesino, se negó a asistir con traje de etiqueta a una cena que en su honor daba la Casa Blanca. Se mostró receloso cuando le ofrecieron enseñarle Washington en helicóptero, hasta que Eisenhower le dijo que él le acompañaría.

En su visita al país, Khrushchev enfureció y fascinó, al mismo tiempo, a los americanos con su impetuosa exhibición comunista. Ante cualquier acierto capitalista exclamaba con desprecio: «¡Sólo la tumba puede enderezar al jorobado!». Prohibida su visita a Disneylandia por temor a exponerle al atentado de un fanático, estalló: «¿Acaso tenéis allí una base de lanzamiento de cohetes?» En un encuentro con el senador Lyndon Johnson (más tarde Presidente), dijo: «¡Yo sé todo sobre usted! ¡He leído todos sus discursos y ninguno de ellos me gusta!»

Terminó su visita a los Estados Unidos en Camp David, Maryland, en cordiales charlas privadas con Eisenhower; se pusieron de acuerdo en cuanto a una «reunión en la cumbre» de los cuatro grandes en París, para arreglar el problema germano, y volvió a Moscú enardecido con el nuevo «espíritu de Camp David».

Sin embargo, poco antes de la Conferencia de París, se enfadó mucho cuando un avión espía americano, el «U-2», fue derribado por la Rusia soviética el 1.º de mayo de 1960. Nervioso, intentó disculparse ante el Presidente americano, diciendo que nada sabía sobre el vuelo del «U-2»; pero Eisenhower admitió que había autorizado los vuelos «para evitar otro Pearl Harbour». Khrushchev se vio obligado a denunciar en la Cumbre de París a Eisenhower y a los Estados Unidos, haciendo fracasar la reunión al estallar en cólera. (Washington sospechó que lo hubiera hecho de todos modos, puesto que había fracasado en su intento de captar a otros miembros del Kremlin para llegar a un acuerdo con respecto a Berlín) (9).

Las relaciones de los Estados Unidos y la U. R. S. S. comenzaron a declinar. A finales de 1960 compareció ante las Naciones Unidas para denunciar al secretario Dag Hammarskjöld por su parcialidad «pro-Occidental». Al-

(9) Entre otros muchos estudios sobre las relaciones entre los Estados Unidos y la U. R. S. S., consúltese: LEV. E. DOBRIANSKY: *U. S. A. and the Soviet Myth*, Devin-Adair Old Greenwich, Conn., 1971; WILLIAM A. WILLIAMS: *American-Russian Relations 1781-1947*, Octagon, Nueva York, 1971; ALVIN Z. RUBINSTEIN & GEORGE GINSBURGS, Eds.: *Soviet and American Policies in the United Nations: A Twenty-Five-Year Perspective*, New York University Press, Nueva York, 1971; HERBERT FEIS: *From Truets to Terror: The Onset of the Cold War, 1945-1950*, W. W. Norton, Nueva York, 1970; GEORGE H. QUESTER: *Nuclear Diplomacy: The First Twenty-Five Years*, Dutton, Nueva York, 1971; WILLIAM ZIMMERMAN: *Soviet Perspectives on International Relations, 1957-1967*, Princeton University Press, N. J., 1969, etc.

zando su mano, comenzó a golpear con su zapato sobre la mesa para obstaculizar la respuesta de Hammarskjöld.

Cuando el Presidente John Kennedy sucedió a Eisenhower, Khrushchev trató de obligarlo a que reconociese el estado marioneta soviético de Alemania del Este. Al no conseguirlo, furiosamente ordenó la construcción del Muro de Berlín. Entonces, en octubre de 1962, buscó, de manera solapada, anular la supremacía americana en cuanto a misiles de largo alcance, estableciendo en la Cuba de Castro misiles de corto alcance; cuando Kennedy descubrió lo que había hecho, Khrushchev se defendió señalando que las bases de misiles americanas en Turquía apuntaban a la U. R. S. S. Impasible, Kennedy respondió bloqueando los barcos soviéticos procedentes de Cuba con la Marina americana y, por último, obligó a Khrushchev a retirar la mayor parte de los misiles (10).

Un año después le aseguró el secretario de Agricultura de los Estados Unidos, Orville L. Freeman, que él estaba mucho más interesado en la prosperidad soviética que en una costosa carrera de armamentos con los Estados Unidos. Pasándose un dedo por su garganta, dijo: «¡Estoy de cohetes hasta aquí!»

No obstante, cuanto más trataba de llegar a un acuerdo con los Estados Unidos, con mayor vehemencia la China roja lo atacaba y lo llamaba traidor a la revolución mundial; preocupado por ello, trató de organizar un encuentro en la cumbre con las naciones comunistas para expulsar a China de las filas marxistas. Pero este plan no cristalizó.

En 1964, año en que Khrushchev cumplía su setenta aniversario, tuvo que hacer frente a una súbita revuelta en sus propias filas. Cansados de sus aburridos y toscos modales, así como de su comportamiento impulsivo, se constituyó una coalición de líderes bolcheviques que lo acusaron de «culto a la personalidad», el mismo reproche que él había hecho a Stalin. Suslov le atribuyó veintinueve faltas graves, entre las que cabía contar su rudo comportamiento en las Naciones Unidas, «perjudicial para la reputación de la Unión Soviética».

Asustado, Khrushchev hizo una defensa furiosa de sus medidas. «Ya lo véis, camaradas —exclamó Suslov—, es totalmente imposible hablar con él.» En un ataque de rabia Khrushchev vociferó: «¡Mis ministros son una par-

(10) Se pueden hallar más detalles en: PHILIP W. BONSAI: *Cuba, Castro and the United States*, University of Pittsburgh Press, Pa., 1971; ROBERT A. DIVINE, Ed.: *The Cuban Missile Crisis*, Quadrangle, Chicago, 1971; ROBERT D. CRASSWELLER: *Cuba and the U. S.: The Tangled Relationship*, Foreign Policy Association, Nueva York, *Headline Series*, pág. 207, octubre 1971, etc.

tida de mentecatos!» El Comité Central del Partido votó su sustitución por un liderazgo dual: el de Breshnev y Alevei Kosygin.

Castigado como si se tratara de un atolondrado, desacreditado por estruendoso e incompetente, Khrushchev, caído, retirado a un apartamento de cuatro habitaciones próximo al Kremlin, se convirtió en vecino de Molotov y Zukov, los dos antiguos líderes a quien él había echado.

Paradójicamente, la fecha del nacimiento de Khrushchev fue borrada del calendario oficial del partido comunista y, al mismo tiempo, la de Joseph Stalin volvió a aparecer en él. Breshnev y Kosygin ordenaron, también, a los historiadores soviéticos que preparasen una valoración «un poco más justa» del papel desempeñado por Stalin en el desarrollo de la U. R. S. S. (11).

La triste historia del comunismo soviético volvía a repetirse. El hombre más poderoso —entonces era jefe del Partido y del Gobierno de la Unión Soviética y líder de los comunistas ortodoxos de todo el mundo— fue exiliado en su propio país. Durante algún tiempo sólo desapareció de la vista de todos como si nunca hubiera existido. Se convirtió en un ser «impersonal» a quien ya no se nombraría más en la prensa soviética y cuyo nombre sería borrado, en la medida de lo posible, del recuerdo (tanto de sus éxitos como de sus fracasos). Pero sus sucesores no podían acabar con la huella que él había dejado.

Cuando a la edad de setenta y seis años, en 1970, se hallaba sometido a tratamiento por culpa de una dolencia de corazón, Khrushchev —o por lo menos las palabras que se le atribuyeron— hizo que explotase una nueva bomba política en el escenario mundial.

Apareció un libro titulado *Khrushchev Remembers* (ya citado por nosotros) que parecía ser una recopilación de informes grabados en cinta magnética o de antiguos documentos y rápidamente editado. Cómo y por qué salió de la Rusia soviética y cayó en manos de los editores es algo que nadie sabe.

Khrushchev negó que hubiese autorizado la publicación de cualquier memoria, y es posible que estuviese diciendo la verdad, pero no existe negativa específica de que estas palabras fuesen suyas. En la mayor parte de los casos, los expertos estuvieron de acuerdo en que todo ello sonaba a puro Khrushchev.

Sin embargo, fue motivo de problemas para el actual régimen que le había hecho caer. El libro trata de todos los extraños y terroríficos aspectos de la

(11) NANCY WHITTIER HEER: *Politics and History in the Soviet Union*, MIT Press, Cambridge, Mass., 1971, es un interesante estudio de la peculiar función que la historiografía desempeña en la Unión Soviética, con especial atención a las vicisitudes de la historia del partido en la década que siguió a la denuncia que, en 1956, Khrushchev hizo de Stalin.

vida en la U. R. S. S. y entre sus líderes bajo la funesta mirada de la dictadura de Stalin, a quien el nuevo régimen estaba cautelosamente rehabilitando. Detallaba las tropelías cometidas por los oficiales soviéticos en tiempos de guerra bajo el dictador, así como los días de gloria en Kursk y Stalingrado contra los alemanes.

Indirectamente acusaba al régimen imperante de no haber logrado desarraigar el antisemitismo, de tratar de imponer el molde soviético en todos los países «socialistas», lo que el libro calificaba de «simplemente estúpido» y de muchas otras cosas.

La publicación daba a entender que la Unión Soviética estaba excesivamente militarizada. Sugería, además, que el partido comunista era una burocracia esclerótica en la que «es frecuente que un carnet del partido sólo signifique hoy que quien lo posee espera hallar un nicho confortable en nuestra sociedad socialista». Acusaba al régimen de intentar hacer lo que el propio Khrushchev había hecho: tratar de «regular el desarrollo del arte y de la cultura con un palo o vociferando órdenes».

Los altos mandos militares de la U. R. S. S. se contuvieron ante la idea de que podía desatenderse alguna faceta del poder militar en favor de los planes de Khrushchev para reformar la economía del consumidor soviético.

Pero la combinación era demasiado fuerte para Khrushchev. Sus amigos del Comité Central —sus protegidos a quien él mismo había colocado allí— lo abandonaron. Sus fracasos habían sido espectaculares y, al fin, pudieron con él. El partido comenzó a considerarlo peligroso.

Es probable que el cambio de Khrushchev estuviese motivado por sus dos visitas a los Estados Unidos —una en 1959 con motivo de una estruendosa gira por América (como ya hemos señalado), y otra en 1960 para asistir a una memorable sesión de las Naciones Unidas. Su conducta en cada una de estas visitas iba a ser criticada más tarde en el proceso que contra él abrieron quienes le destituyeron. De todos modos, Khrushchev pareció visiblemente impresionado por los Estados Unidos que él había visitado. Era un tipo de país que gozaba de gran poder, de gran autoridad en todo el mundo, con una posición de liderazgo en el mundo y, a pesar de todo, era todavía un país rico y sin miedo a sufrir, en comparación con otras naciones del mundo. La Unión Soviética, una de las dos naciones más poderosas de la Historia, no se podía comparar con América. De esta manera, Khrushchev regresó a la Unión Soviética lleno de ideas y, alegremente, intentó revisar el Dogma Marxista-Leninista, el gran obstáculo burocrático para el progreso soviético.

Pero la concentración de la industria pesada hacía necesaria la existencia de un gran poder en el centro de la estructura de la Unión Soviética: un

enorme poder en manos de los militares. Insinuar que éstos pasarían ahora a un segundo plano era como pisar terreno resbaladizo.

Las desviaciones de Khrushchev con respecto al dogma no hicieron más que acarrearle problemas con la China roja. Los gobernantes de esta pobre nación comunista estaban impacientes por extender rápidamente la revolución. Se mostraron en violento desacuerdo con la prudente política exterior de Khrushchev. Y, poco a poco, entre 1956 y 1964, la batalla entre Pekín y Moscú se convirtió en una disputa comunista a escala mundial que hizo tambalearse al movimiento.

Es posible que más de un ruso considere que el 14 de octubre fue un día negro. Para ellos, Khrushchev había sido una especie de nuevo gobernante para los rusos, cuya historia se había visto ensangrentada por déspotas. Por primera vez, Khrushchev les había infundido la esperanza de que algún día el sistema soviético pudiera significar riqueza.

Su eliminación fue también un choque para más de un comunista europeo. Khrushchev les había prometido que el capitalismo sería enterrado en las «cenizas de la Historia», que el comunismo bajo el liderazgo soviético sería el emblema del futuro.

Se necesitarían veinte años, Khrushchev había predicho, para que la economía alcanzase aquel nivel en el que hace su aparición el comunismo. La U. R. S. S. era «socialista» por definición y todavía no había alcanzado la meta comunista, que significaría «para cada uno según sus necesidades, de cada uno según su capacidad».

Entonces habría pastel para todos. Pero el sistema soviético sólo les había dado un tímido bocado del pastel. Con Khrushchev sólo estuvieron ligeramente mejor, desde el punto de vista económico, que con Stalin. Esto fue muy sorprendente para los rusos e incluso para los extranjeros. Había en las calles gentes mejor vestidas, más automóviles y aunque pocos tenían propiedad privada, a los rusos les agradaba la idea.

Pero todo esto le atrajo la ira de los comunistas dogmáticos. Le llamaron «revisionista». Los chinos incluso llegaron a llamarle «Lector de la Biblia, Cantante de Salmos, Proamericano temeroso de Dios». Para Mao Tsé-tung, su principal verdugo, Khrushchev era un campesino advenedizo sin ningún postulado básico, sin ninguna teoría válida (ideología) propia y sin derecho a pertenecer al panteón de los profetas rojos.

Pero Khrushchev tenía sus propias ideas. Una de las más importantes era su concepto —dado a conocer durante el XXII Congreso Comunista Soviético en 1961— de que la Unión Soviética se había convertido en el «Estado de todo el pueblo». Esto quería decir que ya no había dictadura del proletariado; que todo el pueblo soviético —con excepción de los «restos del capita-

lismo»— podía ser considerado ahora como pueblo en su acepción más puramente comunista.

Pero existía una lucha por el poder, que crecía en intensidad a medida que Moscú y Pekín se atacaban mutuamente, que dividió, cada vez más, al movimiento comunista mundial; los comunistas conservadores trataron por todos los medios de detenerla; esto fue lo que en gran medida motivó la caída de Khrushchev. Los chinos exigieron como primera condición para suavizar la tensión, la cabellera de Khrushchev; la obtuvieron, pero no fue suficiente.

No obstante, parecía que Khrushchev se veía a sí mismo como el lógico sucesor de Lenin, «el hombre que puso a la Unión Soviética en vías del comunismo», y para hacerlo adoptó prudentes medidas que muchas veces requirieron que se desistiera de desafiar a los Estados Unidos.

Se retractó en Oriente Medio, en Berlín, en Cuba y en otros lugares del mundo. Hacia la mitad del año 1963, llevó a la U. R. S. S. a un tratado de prohibición de pruebas nucleares con los Estados Unidos y Gran Bretaña, mientras los chinos se consumían de rabia.

Cuando en octubre de 1964 los chinos se hallaban próximos a hacer explotar por primera vez un artefacto nuclear, las cosas comenzaron a ponerse mal para Khrushchev. Con él todavía en el poder y los chinos blandiendo su propia arma nuclear la situación se complicó y Khrushchev tuvo que marcharse.

Era el fin de Khrushchev, prototipo del eterno campesino ruso, hombre parlanchín y probablemente el más popular de los gobernantes que Rusia y la Unión Soviética hayan jamás tenido. Poseía el don de hacer creer a las gentes del pueblo que él era uno de tantos. Se le condenó a la oscuridad política para el resto de sus días; pero este anciano hizo un último disparo con su libro y les recordó que su impronta permanecería en la política global y en el comunismo internacional hasta mucho después de que su voluntad hubiese quedado anulada.

Es, además, importante decir que Nikita S. Khrushchev fue lo mejor que pudo sucederle a la Europa del Este, después de su primera década de comunismo con Stalin. «La Europa del Este lo recordará, inevitablemente, por haber reprimido el alzamiento húngaro que pedía más libertad; amargamente, porque también consintió la ejecución del líder reformista Imre Nagy. Incluso en la propia Hungría, sin embargo, hoy se le suele recordar como el hombre de la desestalinización y de las mejoras. Buena prueba de ello es el disgusto que a todos produjo, tanto a los sorprendidos jefes del partido como

a la tropa y a la masa, el hecho de que en 1964 fuese desposeído de sus cargos» (12).

Entonces Wladyslaw Gomulka, el héroe polaco de 1956, se rió del pretexto oficial soviético de que Khrushchev «dimitía» por motivos de salud.

No sorprendía que los europeos del Este hubiesen, por regla general, sentido los vientos más suaves del cambio en la era de Khrushchev. Estaban convencidos de que algo habían ganado bajo la égida Khrushchev y tenían muchas esperanzas de conseguir más cosas. Estaban preocupados por lo que aquellos que lo habían vencido pudieran traer, y hasta qué punto este pesimismo era acertado iba a quedar demostrado con la invasión de Checoslovaquia por los países del Pacto de Varsovia en 1969.

A pesar de su desconfianza con respecto a los intelectuales, a menudo se pudo apreciar que Khrushchev se llevaba muy bien con los líderes de los países satélites que habían introducido reformas. Fue en Budapest donde Khrushchev acuñó su célebre frase «comunismo *goulash*», aplicada a la nueva política de proporcionar más artículos de consumo al hombre de la calle.

Situaciones de tensión, como la de la Alemania del Este de Walter Ulbricht y la de la Checoslovaquia de Antonín Novotný, nunca parecieron suavizarse en su presencia o él en la de ellos.

Podría ser desconcertante para sus compañeros de partido del bloque. Disponía de poco tiempo para trivialidades y estadísticas que sabía tenían por objeto agradarle. Al pueblo le gustaba este tipo de cosas, así como su capacidad para hablar su mismo lenguaje. Podía ser frío y rudo con los oficiales, pero cálido y humano con el pueblo. Podía jactarse e incluso amenazar.

También acometió la desestalinización en Yugoslavia, en 1955 (un año antes del Congreso Soviético), cuando fue a Belgrado para retirar todos los cargos que Stalin había hecho contra el titoísmo. Los yugoslavos pusieron sus propias condiciones y Khrushchev se mostró de acuerdo con que existían diferentes modos de llegar al socialismo. Además, hizo cesar a todos los antiguos jefecillos de la época de Stalin en Bulgaria y Hungría.

La subsiguiente catástrofe húngara iba a frenar el proceso. Pero, una vez que el orden del bloque quedó restablecido, Khrushchev no se opuso a la iniciación de reformas bajo el Kadar de Hungría, quien ya había hecho mucho por Hungría por aquel entonces.

Cuando el 11 de septiembre de 1971 Nikita Khrushchev murió de un ataque al corazón a la edad de setenta y siete años, su cuerpo descansó, en esta triste y lluviosa mañana del lunes, no en el elegante *hall* de las Columnas

(12) ERIC BOURNE: «Eastern Europe Felt Winds of Change in Khrushchev era». *The Christian Science Monitor*, 13 de septiembre de 1971.

de Moscú, donde incluso los héroes menores de la revolución habían recibido honores estatales, sino en el depósito del hospital suburbano en que murió. «Junto a su féretro, salpicado de flores, apenados amigos y parientes se abrazaban sollozando. La sinceridad de sus sentimientos de pesar, tan distinta a la que se acostumbraba a ver en los funerales estatales soviéticos, destruía la monotonía de la escena y la trasladaba años atrás, a la Rusia pintoresca. El achaparrado depósito de ladrillo... era la réplica de una pequeña iglesia ortodoxa, a la que sólo faltaban las cúpulas en forma de cebolla y las cruces. Las mujeres de ojos enrojecidos y chales negros se parecían a toscas campesinas. El disco de la *Marcha Fúnebre*, de Chopin, susurrada como si proviniera del armonio de un pueblo. Sólo la presencia del poeta Yevgeny Yevtushenko, que permanecía erguido como un pájaro en el patio, volvió la escena a un ambiente moderno. En el cementerio de Novodevichy, el todavía abierto ataúd, con un paraguas que protegía el rostro del difunto, fue trasladado desde la furgoneta que servía de coche fúnebre. Un cordón de policía, ayudado por fuerzas del ejército, contenía a unos cuatrocientos curiosos moscovitas que se habían enterado de palabra del lugar en que se iba a celebrar el entierro. Pero ningún alto oficial ruso estaba presente en su entierro, ni tampoco representantes de la prensa soviética...» Sólo aquella mañana —dos días después de su muerte—, en un párrafo del *Pravda*, oficialmente se admitía que el «jubilado» Khrushchev se había ido rápidamente. De este modo, se permitió que el hijo de Khrushchev, Sergei, hablase de la memoria de su padre. «Había quienes lo querían y quienes lo odiaban, pero pocos eran los que podían pasar de largo sin echar un vistazo en su dirección.» Entonces, un anciano ... le pagó este tributo a su achaparrado, engréido y gregario antiguo líder. «A Nikita Sergeevich no le hubiera gustado acabar así. El habría invitado a toda Rusia a su funeral» (13).

JOSEPH S. ROUCEK

(13) RUDOLPH CHELMINISKI: «The Quiet Passing of Nikita Khrushchev», *Life*, volumen LXXI, 13, 24 de septiembre de 1971, pág. 40.